

LA MAMÁ QUE NO CANTABA NANAS (O LA LUZ OSCURA)

Alfonso PARDO JUEZ
Estudiante de Grado en Ciencias Ambientales
de la UNED de Calatayud
Primer Premio del X Concurso Literario

A Sofía

Así era una noche detrás de otra. Ese maldito sueño, en realidad un recuerdo tan amargo que anegaba su mente y que, desde que recibió la denuncia, se venía repitiendo con escrupulosa persistencia, noche tras noche, hasta transformarse en una angustiosa pesadilla. Peor aún, porque no podía olvidar que todo aquello había sido real. Era real.

El tren rasga el paisaje como una cuchilla. Sisea como una gigantesca serpiente mecánica, abriéndose paso entre los campos de cebada recién germinada.

La niña duerme hecha un rebullo contra su pecho. Siente frío, sobre todo en su corazón, a pesar del tibio contacto del cuerpecillo de su hija sobre el pecho. Afuera, la mañana resulta engañosamente soleada. El disco solar parece jugar al escondite tras las nubes, primero blancas, luego grises y, finalmente, un pesado manto plomizo que termina por engullirlo todo. El paisaje viaja veloz al otro lado de la ventanilla y se ensombrece con esas mismas tinieblas que desde hace tiempo anidan en su ánimo.

La niña cambia de postura, se despereza y se vuelve hacia él. Con los ojos aún cerrados le agarra de las mejillas con sus manitas y le susurra:

—Papaíto, ¿esta noche dormiré con mamá?

—Sí, cielo.

—Y tú papá, ¿dónde dormirás?

—En casa, sólo, como siempre que tú no estás.

—¿Por qué no vivís juntos mamá y tú?

—Porque... pensamos que era lo mejor para todos.

—Me gustaría que mamá y tú vivieseis juntos.

—Lo sé, mi vida. No sabes cómo querría que las cosas fuesen de otra manera.

—Traga saliva. Siente un nudo en la garganta que teme que le vaya a quebrar la voz. Decide cambiar de tema.— Pero, esta noche seguro que mamá te cantará aquella nana que los dos te cantábamos cuando eras pequeñita. ¿Recuerdas?

—Mamá nunca me canta nanas. —La pequeña hace un puchero— No me gustan las nanas. Me ponen triste.

Aquella fue la última vez que estuvo con su hija. La última vez que la sostuvo entre sus brazos. Los agentes judiciales y de los servicios sociales, acompañados por un par de policías, aguardaban en el andén. No hubo tiempo para una despedida medianamente pausada. La niña se alejó escoltada, abandonada en su llanto y con su mirada, angustiada y perdida, aleteando con desesperación sobre el hormigón del apeadero en busca de los ojos del padre. Los agentes de policía le retuvieron con displicencia de empleado público, plantado junto a su maleta, ante el desconcierto de los demás pasajeros que acababan de apearse del tren. No se resistió, no tenía sentido alguno hacerlo. Por dentro, un desgarró más físico que anímico parecía querer partir su pecho en dos. Se llevó la mano al corazón y apretó, tratando de estrujarlo. La lágrimas terminaron por brotar de sus ojos cuando la silueta de la niña se desdibujó en la distancia, entre la multitud.

La primera de las denuncias por malos tratos llegó un lunes. La demanda por la custodia de la hija se hizo esperar ocho días más. Él sabía que aquello era un jaque mate en el que él, por el simple hecho de haber sido acusado por una mujer, ya era culpable. No tuvo que dormir en un calabozo, pero sí que estuvo un buen puñado de horas declarando, primero en una comisaría, después con la juez de guardia. Le asignaron un abogado de oficio que lo primero que le dijo fue que reconociese su culpabilidad porque así la condena sería mucho menor. No dudó ni un instante. No aceptó la recomendación de su letrado y pidió ser representado por otro abogado. La orden de alejamiento no tardó en llegar. A la espera del juicio, lo único que le rogó al nuevo abogado fue que solicitase al juzgado que le permitiesen ver a su hija.

Los dígitos luminosos del despertador parpadean en la oscuridad. Son las 3:02 de la madrugada. Por algún motivo, la recurrente pesadilla le asalta siempre a esa misma hora. Se revuelve en la cama y no acaba de decidir si esa incómoda sensación sudorosa que empapa su frente es por calor o puro miedo. Sabe que, otra noche más, le va a resultar imposible volver a conciliar el sueño. Otra de tantas, tatuada como una bruma melancólica en el cerco de sus ojeras. El compresor del frigorífico parece reclamar unos instantes de atención desde la cocina; ha debido de quedarse con la puerta mal cerrada al fondo del corto pasillo de su modesto piso.

Regresa a la cama. Sus pies descalzos resuenan contra las frías baldosas. Hace tiempo que, para ahorrar, no conecta la calefacción. Lo cierto, recapacita ya completamente desvelado, es que el día no ha ido mucho mejor que lo que anticipa que dará de sí el resto de la madrugada. Cada vez le quedan menos cosas que malvender; los tratantes de las casas de empeños cada vez son más selectivos con las mercancías que deciden comprar y más cicateros con los precios que ofrecen por ellas. No hay mucho que él pueda hacer, salvo seguir registrando cajones y altillos en busca de algo de lo que desprenderse por las pocas monedas que le tintinean en el bolsillo cuando llega a la oficina de prestaciones para desempleados.

La sala de espera tiene ese tufillo a derrota y a ducha semanal que ya comienza a resultarle desesperantemente familiar. Mira al resto de parroquianos de la estancia, tal y como quienes no tienen su mirada perdida entre las juntas de las baldosas del suelo le observan a él, con esa agria expresión en el rostro que parece decir “yo no debería estar aquí”. En el fondo, todos se sienten fuera de lugar en aquella sala, iluminada con el cargante zumbido de los cebadores de los fluorescentes del cielorraso. No, nadie debería estar en aquel lugar, aunque la funcionaria parece dispuesta a dejar claro que, en efecto, existen dos clases de ciudadanos. Después de contemplar la pantalla del ordenador mientras chasquea las uñas del pulgar y del dedo corazón de su mano izquierda le ha echado un vistazo con una ceja arqueada, meneando la cabeza de lado a lado. Su mirada le ha resultado casi tan exasperante como las palabras que le han sucedido:

—Verá, solo tiene siete meses cotizados y su último contrato ha sido tan sólo de un tercio de jornada. Con eso no va a cobrar mucho subsidio, me temo. ¿No podría conseguir que le hiciesen un contrato a tiempo completo? Con eso podría cobrar todo el subsidio, y no un tercio...

Recuerda que tuvo que reprimir una carcajada sarcástica antes de contestar.

—Si pudiese conseguir un contrato a tiempo completo le aseguro que no estaría aquí.

—Ya... Me imagino.

Sus palabras no suenan convincentes. Tampoco lo pretende. Vuelve a arquear una ceja y continúa su tediosa labor de enumerar por enésima vez la misma retahíla de documentos que debe aportar el desdichado que se sienta al otro lado de su escritorio para cobrar las migajas que la administración ofrece a los parias sin empleo como él.

A la salida de la oficina hay corrillos de gente fumando y murmurando entre sí. Hay algo en sus rostros y en sus ademanes que le recuerda el ambiente carcelario. Tiene quince días para pensar si decide cobrar el subsidio de mierda que le ofrecen a cambio de perder los meses cotizados, o tratar de conseguir un nuevo empleo eventual que le haga seguir acumulando tiempo de cotización con la vana esperanza de conseguir un subsidio algo menos miserable. Mientras camina de regreso a casa las monedas tintinean en el bolsillo como si le gritasen una respuesta.

Bien pensado, con un día como el que ha tenido tampoco le resulta sorprendente que no pueda pegar ojo. Son las 3:06 de la madrugada. Le aguardan cuatro horas de agónica vigilia hasta el amanecer. Eso no le inquieta. Al fin y al cabo es tan solo tiempo. Para dejarlo correr tiene un nutrido catálogo de amargos recuerdos que repasa noche tras noche como quien mira una vieja revista que, de tanto hojear, ya cree conocer de memoria.

Pocos meses antes de la descarnada separación en el andén, él acababa de leer a su hija un cuento en la cama antes de dormir. Lo había comprado en un mercadillo callejero por un par de monedas. Le resultaba difícil decidir si le leía cuentos a su hija porque a ella le gustaba escucharlos, o porque él disfrutaba poniendo voces ridículas a los personajes de las historias. Algunas noches, la niña tenía aprensión a dormir sola en su habitación. Estaba acostumbrada a dormir en la cama con su madre. En cambio, cuando estaba con él dormía, desde muy pequeña, en su propia habitación,

pero era evidente que, de cuando en cuando, la chiquilla sentía temor a estar sola y a oscuras. Terminada la lectura, la niña miró a su padre y, tratando de arañar unos pocos segundos más de compañía y lograr imbuirse algo de valor, le susurró.

—Papá, yo no tengo miedo a la luz oscura de la noche. Otros niños sí, pero yo no.

—No temas a la luz oscura, porque papá está contigo y te protege.

—Papá, tú no tienes miedo a la luz oscura ¿verdad? Tú no tienes miedo a nada.

La voz de la pequeña era un murmullo cargado de una devoción capaz de desarmar cualquier blindaje adulto.

Él apagó la luz apresuradamente y dejó que la oscuridad ocultase un par de lágrimas que amenazaban con desbordar sus párpados. Se inclinó sobre la niña, le dio un beso en la frente y le susurró.

—Claro que no, mi vida. —Mintió.

De pronto es consciente de que poco tiempo después sí que iba a llegar a sentir pánico de esa “luz oscura” que inquietaba a su pequeña. Porque, desde el día que llegó la primera demanda, la oscuridad nocturna le asfixia con todos esos espectros que le roban no solo el sueño sino, sobre todo, cualquier atisbo de esperanza. Ahora recapacita en la oscuridad opresiva de su dormitorio sobre aquel instante con su hija y el “temo a mamá” que revoloteó en su mente, obligándole a rechinar los dientes con impotencia.

Siente un hondo escalofrío al recordar aquel suceso que desencadenó todo... Aunque lo cierto es que se ha propuesto no olvidarlo.

Una, dos y... tres bofetadas. Su reacción es instintiva. Resguarda a su hija de apenas un año entre sus brazos y contra su pecho de los golpes rabiosos de su madre, girando su cabeza y su hombro para que impacten allí los manotazos de ella.

—No pasa nada, mi vida. —susurra al bebé que abre mucho los ojos sin entender qué está sucediendo a su alrededor.

—¿No era esto lo que querías?! ¡Pues aquí lo tienes! —Con la voz casi tan desencajada como su rostro, la madre se queda inmóvil, con la mano levantada, dispuesta para descargar un nuevo golpe.

—Por favor, no grites. Asustas a la niña...

—¡Así aprenderá lo que es la vida y cómo somos sus padres! —Su ira parece remitir, la respiración continua agitada pero empieza a ser consciente de lo que acaba de suceder. — ¡Y ahora denúnciame si quieres! —Le reta orgullosa apretando los dientes.

Denunciar, ¿qué? ¿Ante quién? Aquello no tiene sentido alguno, lo sabe, pero no puede evitar hacer la reflexión en voz alta.

—Si yo hubiese hecho lo que acabas de hacer, tú sí que llamarías a la policía. Y yo esta noche dormiría en un calabozo.

—¡Pues llama! ¿A qué esperas?... Llama y cuéntales que te he agredido mientras acunabas a nuestra hija. —Su mirada de desprecio ni siquiera se destensa cuando oye los gimoteos de la niña. — ¡Hasta para esto eres un cobarde! Y si no te atreves a coger el teléfono, huye, como haces siempre... ¡Sólo sabes huir! —Escupe su rencor con cada una sus palabras.

Él retrocede un paso y continúa arrullando a su hija mientras le besa la frente y la mejilla. La suya aún le hormiguea por las bofetadas. Por suerte, su mujer se ha quitado los anillos, recapacita.

—No pasa nada cariño. Es hora de dormir y los papás te cantarán tu nana. —Susurra mientras la pequeña gimotea sin entender todos aquellos gritos y zarandeos.

En la cuna, la niña se mueve nerviosa. La madre la arroja un par de veces, pero la chiquilla patalea y vuelve a destaparse al cabo de unos instantes. En la penumbra del dormitorio ella cruza con él su mirada, que la observa a contraluz apoyado en los barrotes a los pies de la cuna.

—¿Cantamos? —En realidad no es una pregunta. Ambos saben que aquello es una despedida.

Él asiente. Aún nota la mejilla izquierda acartonada.

El bebé empieza a sollozar. Y no para hasta que sus padres dejan de cantar.

Aquella fue la última vez que cantaron juntos una nana a su hija. Él se fue del que había sido el hogar familiar. En su nueva casa, un modesto piso de alquiler en un barrio periférico, continuó cantándoselas... mientras pudo.

Ella no. Ya nunca volvió a cantarle nanas a su hija. A cambio, aquella noche aprendió una valiosa lección que, algo más de un par de años después, se decidió a utilizar contra él sin el menor remordimiento.

Se revuelve inquieto entre las sábanas, atormentado por todos aquellos recuerdos, en la penumbra de la alcoba. Son las 3:42 de la madrugada cuando se levanta, cruza el pasillo descalzo y entra en la silenciosa habitación de su hija. Observa la cama vacía, los peluches sin vida sobre la almohada, apenas iluminados por el resplandor anaranjado de las farolas de vapor de sodio que se filtra a través de la persiana. Los párpados le pesan resacos, a pesar de que aún faltan horas hasta el amanecer. Se apoya en el quicio de la puerta, cierra los ojos y empieza a canturrear una nana.

Zaragoza- Madrid- San Mateo de Gállego

01/12/2016 - 26/4/2018

© Alfonso Pardo